

CAUTIVA

Estaba contaminando mis sueños, envenenando mis horas, cargando todos mis actos de un doble sentido indigno y fatigoso. Había transformado mi mente en un campo minado de horrores y convertido mis dotes en mezquindades patéticas; el monstruo había entrado en mi vida en chanclas y bermuda, bajo las falsas apariencias de un adolescente indefenso. Sus padres le adoraban y encontraban graciosa cada una de sus ocurrencias, sonriendo ellos solos delante de la desolación general.

A mí me pagan por horas. Cinco euros y medio tras largas contrataciones caseras con la señora Montse tan sólo hace unos meses. Nadie me había preparado a lo que iba a venir. Montse me vendió el asunto casi como si fuera a hacerme un favor, delante de unos caramelos fundidos regalo de la caja de ahorros; yo habría tenido que ser más observadora y psicóloga y detectar al instante su desasosiego interior. Hay cosas que se esconden, que serpentean, que acechan, como residuos podridos en codos de tuberías. Hasta que el tiempo no cambie ni se revelan ni apestan, y entonces las olvidamos, nos desentendemos de ellas. Así, en un engañoso inicio de una prometedora primavera, finalmente quedamos de acuerdo simulando una situación más bien plana, una contratación ordinaria entre seres humanos normales.

El monstruo tiene dientes picados y los enseña cuando se ríe. El tarro de los caramelos fundidos está constantemente al alcance de su mano rapaz; y mientras su madre se cuida, se va al gimnasio y se aplica radiofrecuencias a los muslos, él pasa del diván al asiento del coche, interrumpiendo esa postura invertebrada sólo para tumbarse en su cama de arriba. Del ordenador a la consola, de la Game Boy a la Play Station,

consumiendo decenas de bolsas de fantasiosos ganchitos, se desplaza mirando al resto del mundo con odio; un combate que arrastra de un videojuego a otro, y que creo ya no suelta su esquema cerebral ni un minuto. Parece que nadie se entere de la colonización global y masiva de su materia gris por parte de la Nintendo. A mí me llama “cautiva”, rozándome en los pasillos con el codo doblado en la postura celosa de protección de la máquina. Sé que ha intentado a menudo, y no sin cierto talento, denigrarme delante de su entera familia, en particular de su madre. Pero Montse, ocupada, suele hacer caso omiso de toda afirmación que altere su rutina: yo sirvo, aquí en la casa, para quitarle del medio un niño que en definitiva no debería haber parido. Sobre todo en verano, entre la temperatura y el cierre de los contenedores infantiles, yo soy una pieza clave de su organizada existencia.

Me quedo hasta a dormir, me transformo en interna.

“Cautiva”, me murmura el monstruo tras eructarme a la cara.

Me han dicho que en otras casas la cosa puede ser hasta peor: se cuentan leyendas urbanas de adolescentes caníbales y bebés poseídos. Los padres, en todo eso, se mantienen al margen, cogidos en unas rutinas que no dejan tiempo a la duda.

Desde hace cuatro meses se me ha retirado la regla, pero en ausencia de un novio no pierdo tiempo en análisis. Vomito a la vista del queso y de la carne picada preparándole a diario el cheeseburger al monstruo. Y luego, mientras come, las arcadas me vuelven al verlo triturado en esa boca voraz. Por un brevísimo instante el monstruo me da pena; él se entera y me escupe, para que me redima.

- No sé por qué te pagan – me repite a menudo -, si yo me cuido solo y no me haces falta.

- Tus padres te quieren mucho – le contesto mecánica -, no se perdonarían que te pasara algo.

Y mentalmente repaso la serie de desgracias posibles que con un poco de suerte podrían concretizarse.

Pero los días pasan con despiadada monotonía, y la excitante creatividad de la mala suerte ni nos roza, en casa Vidal. Se intensifica el calor, se ponen descarados los mosquitos, y entre esas dos plagas uno ni duerme ni sueña con un futuro mejor.

El monstruo me ha colocado en un cuadro oculto de un videojuego que saca de ciertas fundas de plástico. Dudo que se lo hayan comprado sus padres, tiene objetivos indignantes hasta por un corredor de seguros y su indiferente consorte.

- Cautiva, no puedes salir porque te he encerrado con llave, te he blindado con códigos, y ahora voy a enviarte las ratas. El que sobreviva tras el nivel 4 B podrá violarte, solo o en compañía de su pandilla. ¿Qué tal si te dieran por culo?

Le quito la Coca Cola que igual le está alterando. Será la cafeína. No es normal que hable así. Tendría que restarle importancia, en vez de perder kilos suscitando la envidia de la señora Vidal.

Mi novio me ha dejado las Navidades pasadas, pero igualmente no era el hombre de mi vida. Se anuló la hipoteca, la cuenta en común y esa cita que clausuraba los viernes nuestras semanas de mierda. Entonces quedaron los días, así, sueltos, como perros sin amo, y ya daba igual un jueves que un lunes: el principio del fin. Más tarde quedó sólo la mierda, la mía y la ajena mezclada, y una lavadora tras otra en un mundo constantemente manchado.

El hecho de no tener pareja me ha consignado a ese estatus de presa disponible sin compromisos nocturnos. Se nos dan cuartos pequeños con camas habitualmente plegables, en donde, entre tablas de planchar y cuadros en sus horas bajas, nuestra soledad es subrayada por el poco espacio que ocupa.

- Cautiva, ¿nunca te pones enferma? Me cansa verte andar todo el día arriba y abajo. Me distraes del juego. Me hiciste perder unos puntos. Te voy a mandar a un violador que te pegue el SIDA o algo así. O igual te hago luchar con un pordiosero infecto, un colgado que te chute su sangre con hepatitis B. Eso parece que cansa. El hígado no perdona. Tráeme otra bolsa de esas, así te mueves por algo, anda.

No sé si hablar con sus padres. La verdad es que casi ni les cruzo. La poca confianza que tenemos, mejor la guarde para tratar cuestiones retributivas. De hecho están tardando en pagarme el mes, y yo por respeto no pido.

No salgo para no gastar. Me estoy tornando "cautiva", el monstruo tiene razón.

- Le he dicho a la mamá que no has comprado chicles, ni Donuts ni Nocilla ¿Qué has hecho con el dinero? Verás que te lo descuenta. No somos tontos aquí. Llevo tres días sin comer, pero he hecho la compra. Sin embargo el armario de la cocina está, en efecto, desprovisto y/o desvalijado. No consigo acordarme si lo he abastecido o no del arsenal químico pseudo-comestible que le garantiza la subsistencia a la bola de sebo. Estoy perdiendo golpes, me falta concentración, me quedo hipnotizada mirando los imanes de la nevera por lapsos de tiempo cada vez más largos, la mente en blanco, las piernas sin responder.

- Cautiva, te voy a dejar toda la noche a oscuras y con unos bichos africanos de los que se meten debajo de la piel, escarban galerías y llegan hasta los órganos. A ver cómo te defiendes esta vez.

Y con un gesto simple que le es habitual transfiere la inmundicia de su respectiva casilla al dedo gordo de mis descalzos pies de prisionera.

- Es por ahí que se cuelan: debajo de las uñas. Les voy a poner rapidez seis, así en un par de horas ya se habrán adueñado de ti. ¿Empiezas a sentirlos? ¿No te hacen cosquillas?

Habría que llamar a un psicólogo: el chico ha perdido del todo la cognición del límite entre ficción y realidad.

Pero no es asunto mío.

Me paso la tarde rascándome. Seguro que son los nervios. O alergia a algún producto de limpieza.

- Cautiva, si mañana sigues con vida, cosa que procuraré sea posible, te voy a reservar un plan muy pero muy divertido.
- Podríamos ir a Aquapark...
- Ya fui con los abuelos. Me echaron por agujerear el flotador de mis primos. Ese chivato de vigilante que no tiene ni veinte años, el capullo, se toma por Dios. Que le dé una insolación. Un infarto precoz, un cáncer de piel, qué sé yo.
- Podríamos jugar a volleyball en la playa...
- ¿Pero tú me has visto el tipo? ¿Parezco uno de esos fanáticos que enseñan sus bíceps por ahí? Y encima, que conste que no me interesa sudar. Tráeme una Coca, por cierto, que se me ha secado la garganta de tanta inútil conversación.

Paso una noche infernal, rascándome entre sudor y temblores. Por la mañana parezco contaminada y enferma: ojeras, piel amarilla, y una hinchazón general de todo el cuerpo que delata la existencia de parásitos cebándose de mis jóvenes tejidos, confiriéndome el aspecto de un cadáver en su primer estadio. Tendría que ir a urgencias pero decido esperarme.

El monstruo me mira atento, sin hacer comentarios; lleva una mañana apática. Igual disimula, prepara, incuba nuevas maldades. Algo se cuece en la penumbra del salón, detrás de un insoportable estático silencio veraniego.

Durante todo el día mi salud empeora, y el monstruo calla asistiendo a la corrupción de mis órganos con sadismo felino.

Apenas comemos. Diría que respiramos lo mínimo. Sobre las once y media me entra una especie de cólico, y noto horrorizada que tengo una enorme barriga. Un globo hinchado, un melón, una sandía, un aborto, un demoníaco embarazo, una invasión de ultracuerpos. Me quedo tumbada aguantando retortijones malignos.

Intento llamar a mi ex novio, pero no está o no atiende. Al día siguiente comenta mi llamada de auxilio diciendo que soy paranoica y que siempre lo he sido. Total, que no le moleste mientras se acuesta con otra. Creo que tiene razón: nunca hay que volver al pasado. Me esfuerzo de distraerme con crucigramas y sudoku, pero la señora me anuncia que su marido y ella se irán a una boda de amigos un largo fin de semana, me da cuatro sumarias instrucciones, y me entrega como si nada a un destino cuyo horror no tiene términos medios. Setenta y dos horas seguidas a solas con mi verdugo, partiendo de un estado ya altamente precario, y sin ninguna perspectiva de salvación temporal: es el fin, la muerte, tras un pagano martirio y una injustificada agonía.

Salgo a comprar provisiones con los fondos prepuestos y una cutre lista siempre igual a sí misma. Las bolsas me cortan los dedos; serán las latas de Coca. Es viernes, día ideal para vía crucis. Lo que me angustia es saber que no habrá resurrección el domingo; hay que tener otro linaje para virguerías de ese estilo.

El monstruo está muy en forma después de la tercera hamburguesa. Me anuncia que he sobrevivido y que me ve lista para una nueva visita. Me enviará a Superlebowsky, un ex

militar de Europa del este, especializado en torturas físicas y psicológicas. El rey de la sutil crueldad, según asegura el experto.

- Va a ser una pasada.

Concluye apagando en espera de mayor inspiración. Siento que no llegaré con vida al domingo, y que mi vida carece de rumbo y de sentido. Tiemblo sudando frío. Tengo unas líneas de fiebre. Hago las camas, cocino, recojo juguetes y papeles. El monstruo yace en su lecho, se está preparando, inmóvil.

Sobre las diecisiete, horario de corrida, mueve sus piernas cilíndricas hasta alcanzar el sofá. Y como prometido, Superlebowsky aparece, con su uniforme impecable. De momento me dejan podrirme en el terror: una pequeña descarga, un humillante laxante, unas amenazas veladas y mucha, mucha espera, jugando al gato y el ratón.

- Empiezas a apestar.

Me acusa socarrón el genio del mal. Lloro. Lo consiguieron. Mis defensas mentales ya se han ido al carajo. Dignidad y valor se alejaron de mí. Entré en su juego de pleno, ya no le considero un enfermo: yo sé que estamos ahí, y yo soy la cautiva.

El día se cierra, sin duda, con mi evidente derrota.

Pero a veces los ganadores erróneamente se ofuscan de tanto éxito fácil, y dejan de considerar algunos aspectos importantes: hasta el más débil e inútil de los seres humanos tiene un instinto básico de conservación de la especie; lo puede desarrollar más o menos, pero suprimirlo es difícil. Nunca hay que infravalorar un adversario que pierde, pues mientras pierde medita cómo sobrevivir.

Yo no me quiero morir este fin de semana y voy a reaccionar, como sea, cuanto antes. De hecho espero la noche, el sueño del monstruo, la paz, y me acerco furtiva a la televisión. Enciendo la Play Station sin sonido yendo al encuentro de mí misma: estoy en un apartado especial del segundo nivel, ya alcanzado. Me cuesta un buen rato y

muchas tentativas familiarizar con el sistema, pero creo que por fin tengo la clave de cómo utilizar todos los mandos. Moviéndome torpemente y al azar consigo no obstante hacerme con unas armas. Elijo unas tijeras, un escudo mental y un spray paralizante. Mi habilidad ludo-tecnológica no da para más, pero ya no seré tan indefensa.

Las armas escondidas bajo una trampilla de mi propia celda, apago nerviosa el aparato en espera del paso siguiente. Mañana será sábado catorce de julio, treinta y tres grados en la sombra, el cuerpo infestado de parásitos, la mente hundida en siniestras locuras. Pero no moriré; la cautiva podría darle a su amo alguna que otra sorpresa, siempre que coordine la acción sin liarse o fallar. Siempre que las emociones no le obnubilen el castigado cerebro al momento menos oportuno y todo se le vaya de la mano.

Ocurre de sobremesa, sobre las tres de la tarde; en realidad, yo no he podido comer, y él se ha atiborrado como de costumbre de carbohidratos y grasas. Decido hacerme un café mientras le sirvo la Coca, estrictamente en lata, roja, helada y calórica. El monstruo parece hincharse y empeorar por minutos; su deterioro es tan rápido que puede seguirse en directo. Lo observo nauseada desde el umbral del salón, y ahí es cuando me lanza:

- Empieza la fase final. Superlebowsky está listo para recortarte los pezones, y trajo un instrumento de origen medieval que se llama la pera. Míralo bien: eso se mete por donde tú sabes y luego- ¡zac!- se abre. Se tira y te va desgarrando. Se usaba antiguamente para las brujas y las adúlteras. Por cierto, cautiva, ¿tú crees que Montse tiene un amante?
- ¿Montse? ¡Tu madre? ¿Qué dices? ¿Cómo se te ocurre tal cosa?
- Sois todas iguales, unas guarras. Y ahora te vas a enterar.

La pera no, ni el pezón. Reúno todas mis energías en un solo brinco felino, me tiro encima del monstruo y le arrebató el mando. Cogido de sorpresa, él tarda en reaccionar,

y mientras tanto yo saco las armas de la trampa. Me pongo el escudo, primero, para protegerme de todo, les paralizó a los dos, y empuño las tijeras. Desarmo a Superlebowsky, le corto los huevos al monstruo, y luego les amarro a un par de sillas eléctricas.

Mejor que Chuck Norris, he sido, mejor que el viejo Bruce Lee. La adrenalina me quita todos mis añejos dolores. El salón, de repente, se me está estrechando encima, y sus tapizadas paredes vibran conmigo de gloria bajo la complacida bóveda celeste. No tengo calor ni frío ni pensamientos molestos; una claridad confortable se ha instalado en mi mente.

El monstruo se vuelca en el suelo, presa de una crisis epiléptica. No está acostumbrado a perder, ni que le corten los huevos, aunque sea en la pantalla; no puede vivir sin el mando, con los esquemas cambiados. Todo eso le ha sido insufrible; ha sido demasiado para su frágil ego.

- No somos nada.

Le digo, quedándome de pie a su lado. Podría llamar ambulancias, parientes, guardias civiles. Y en vez decido observar como tiembla y babea.

Cuando por fin considero que quedará inofensivo, me peino con la mano derecha, me arreglo un poco la falda, y salgo a la calle, sin miedo, tal vez no del todo libre, pero ya no más cautiva.

